

puede impedirles que lleguen a ser como los moradores del Oeste del Medio, tal como está descrito en *Artel*. Por este motivo Rodó puede ser leído con provecho en Inglaterra también; su alabanza de nosotros debe mantenerse en alto, en días como éstos, pues tenemos el único sentimiento de que Inglaterra ha llegado a ser como ese «improvisado Oeste» que Rodó ha supuesto.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria.

... Así, el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia, ha sido la semi-cultura universal y una profunda languidez de la alta cultura.

... En efecto; es en ese improvisado Oeste, que crece formidable frente a los viejos estados del Atlántico, y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución.

... Todo elemento noble de aquella civilización: todo lo que la vincula a generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica, quedarán dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, «el palladium de la tradición washingtoniana». Chicago se alza a reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista.

... Inútil sería tender a convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del arya europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aún continúa realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Washington más Edison*.

Es fácil juzgar un libro como el *Ariel* de Rodó en una perspectiva errónea, y fatalmente fácil darle vuelta a unas páginas y decir que eso lo habíamos oído antes. Pues Rodó fué un escritor situado a doble distancia de nosotros, los ingleses—fue un americano del Sur; y a veces puede parecer que trabaja en asuntos que son claros y que importa a su patria ideas que los europeos habían presupuesto. Si parece menos griego en traje inglés que en castellano, se debe en parte a su posición geográfica. Si hubiera sido siempre un hombre del Mediterráneo, un pensador mediterráneo, habría merecido en todo tiempo la atención de los lectores ingleses.

(Trad. de *The Times Literary Supplement*, Londres)

## UNA CENTURIA LITERARIA

Prosas y prosistas uruguayos)

1800-1900

Por Hugo D. Barbajelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar \$ 7.00.

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Repertorio Americano».

## Un Congreso libre de intelectuales latinoamericanos

(De *Social*, Habana).

A bordo del *Oriana*, Alta mar, agosto 1º de 1924.

Señor Emilio Roig de Leuchsenring.

Habana.

Mi querido amigo:

Le ofrecí a Ud. escribir algo durante mi gira por Europa y ya ve Ud. cómo sólo ahora, presintiendo el hábito de nuestras tierras sobre las inmensas soledades del Atlántico, a mi regreso, lo hago. Y es que después del prolongado letargo que, por razones que no es del caso señalar, ha sufrido mi espíritu, vacilo un poco antes de volver a intentar tejer una tela, por humilde y débil que sea, con el hilo de mis ideas.

Entre las ideas que venía cultivando, mal que bien, antes de que se abriera en mi vida intelectual el paréntesis a que me refiero, tal vez la que yo más quería era la idea de cohesionar y homogeneizar, en lo posible, el pensamiento de nuestros intelectuales de nota. A mi paso por la Habana le hablé a Ud. de esta preocupación mía, acerca de la cual le había escrito al gran maestro Varona. El proyecto de reunir en un ágape de entusiasmo y de fe a nuestros hombres más distinguidos por la riqueza y la generosidad de su intelecto, fué bien acogida por un grupo muy selecto de habaneros, como antes había sido recibida por hombres como Vasconcelos y Sanfín Cano. Diversas cartas y notas periodísticas se han producido hasta ahora en torno a esa iniciativa, pero aún no puede decirse que ha cuajado.

Volviendo a las andadas—esta vez con más fundadas esperanzas de alcanzar un resultado positivo—quiero ahora referirle algo de las impresiones que he tenido, en relación con esa idea al proponerla personalmente a la consideración de algunos de los hombres de pensamiento que habíamos juzgado dignos de participar de ese *banquete*.

Son, en efecto, dignos de ese banquete Unamuno, Francisco García Calderón, Leopoldo Lugones y Eduardo Ortega y Gasset, a quienes un feliz azar me ha permitido ver; y como ellos tantos otros que, a pesar del vigor de su inteligencia y de la dignidad de su actitud, no logran imprimirles, por su aislamiento, la más ligera huella de sus designios o aspiraciones o ideales a los acontecimientos y las cosas que hoy se precipitan en nuestro continente y fuera de él, alejándonos cada vez más de la ruta anhelada.

El caso es que sólo en París, y ya al terminar mi viaje, tuve oportunidad de hablar de nuestro asunto, medio desvanecido en mi mente entre las evocaciones y los recuerdos suscitados por los paisajes, galerías y museos. Por carta—pues se hallaba en Les Sables, donde después fuí a verle—Francisco García Calderón me dió la gran noticia de que Unamuno acababa de llegar a París acompañado por Dumay, el director de *Le Quotidien*, que había emprendido un viaje especial para arrancar de las débiles garras de los cernícalos del Directorio presa tan noble. Averigüé pronto el paradero del maestro, muy cercano a mi hotel, y en seguida fuí a verle. Al llegar yo, le esperaba en su cuarto Eduardo Ortega y Gasset, cayendo luego otros visitantes. Aunque casi no había modo de poder hablar largo y tranquilamente con don Miguel, pues llovían las visitas, mediante una cita especial le consulté mi tema. El maestro, como podrá Ud. suponer, no requirió explicación ninguna, y comprendió al instante los alcances de la idea y su inmediata utilidad, y